

Advertencia.

Sabemos que han corrido últimamente algunos rumores entre las pocas personas que tienen á bien honrar nuestros trabajos con su atencion, de que iba á suspenderse el *Artista* á fin del presente año. Pudieron en efecto estos rumores no ser del todo infundados, pues á nadie ocultamos nuestra intencion de poner fin á una empresa que tan poco en armonía está con las calamidades de estos tiempos; pero nos han hecho por fin variar de opinion, alentándonos á seguir adelante en nuestra tarea, acaso no enteramente inútil, así las repetidas pruebas de aprecio é interes que continuamente estamos recibiendo de personas cuya opinion respetamos mucho, como la consideracion, consideracion que por ser de justicia hubiera bastado por sí sola para decidirnos, de hallarnos en descubierto con muchos artistas y literatos contemporáneos, cuyos retratos y biografías no podemos menos de dar á luz, decididos como lo estamos á cumplir todo lo que prometimos en nuestro prospecto y deseosos siempre de corresponder á la buena acogida que han hallado nuestros primeros ensayos en la mayoría de los Sres. Suscriptores al *Artista*.

POMPEYA.

¿Quién no ha oído hablar del Vesubio? ¿En qué obra romántica no se le saca por punto de comparacion? ¿Quién no le ha visto siquiera pintado? Pueden á mayor abundamiento nuestros lectores acudir al Diccionario Geográfico para apren-

TOMO II.

der la *ecsacta* descripcion de él: porque á pesar de que en el año de 1834, al volver un día de Pompeya á Nápoles, emprendimos la subida de ese célebre volcan á las tres de la tarde, y aun no estábamos abajo, de vuelta, á las once y cuarto de la noche: á pesar de que paseamos por dentro y al rededor de su cráter, cuando encima de nuestra cabeza lucía funesta una nube de sus encendidas cenizas: tenemos la jenerosidad de no fastidiar con la lectura de una circunstanciada descripcion. El frances Châteaubriand que subió hasta la mitad del monte, y que puso su nombre en el libro que hay en la ermita, le describió metafísicamente, para mejor darse á entender: no obstante que Lucrecio, Vitrubio, Patérculo, Séneca, y sobre todo Estrabon, le habían descrito admirablemente.

Así, pues, nosotros dirémos dos palabras, porque eso y nada mas hace á nuestro propósito.

El Vesubio formaba antes un solo monte con el de *Somma*: y de ahí es que los antiguos apellidaban indiferentemente á Júpiter y á Pluton con el título de *Vesuvius* ó *Summanus*, añadiendo la calificacion de *exsuperantissimus*, con la que tan bien se caracteriza un volcan enfurecido.

Spartaco se refugió con sus compañeros en las cavernas interiores del Vesubio, socavadas por el fuego; y cuando el cónsul Clodio Glabro que le perseguia, creyó por ello tenerle ya seguro, el valeroso gladiador, escapando con toda su jente por el lado opuesto del monte, burló, al que le aguardaba á la boca del cráter, con ese ingenioso y sorprendente estratajema.

Pero este volcan, mas que por ese acontecimiento, mas que por la rara muerte de *Herennio*, y otras cosas semejantes; es afamado por sus terremotos y por sus erupciones de abrasadora ceniza, y lava encendida. El último terremoto sucedió el año 63 bajo el imperio de Neron. Cantaba este príncipe en el teatro de la cercana Nápoles, y habiéndole advertido del peligro inminente á que se esponia, no quiso sin embargo abandonar la escena, hasta concluir uno de sus cantares favoritos. Séneca cuenta (de quæst. nat. l. 6.º c. 1.º) lo que maltrató á Pompeya este célebre terremoto acaecido á 5 de febrero.

25

De resultas de esta catástrofe, abandonaron á Pompeya sus moradores; pero despues volvió á poblarse, y como á fundarse de nuevo y con mas magnificencia: mas el 23 de noviembre del año 79 de nuestra era, y el primero del imperio de Tito; á la una del dia, cuando el volcan parecia tranquilo, cuando los pueblos circunvecinos, creyéndose completamente seguros, hablaban de las antiguas erupciones, como de una incierta y oscura tradicion: abrió de repente el Vesubio sus abismos: vomitó torrentes de llamas: lanzó pedazos enormes de pesada lava sobre los cercanos campos; y enterró en un instante bajo montes de agrupadas cenizas y piedras inflamadas á *Stabia*, *Pompeya*, *Oplonto*, *Rétina*, *Herculano*, y la poblacion comarcana; y á Plinio, á quien basta por elogio su nombre, y el que Tácito le consagrare en su historia un honroso recuerdo.

Pompeya, sin embargo, no quedó olvidada en su sepulcro: muchos de sus habitantes vinieron á desenterrarla con la azada y el pico en las manos, y penetrando por los techos de sus casas, buscaban lo que no habian podido llevar en su fuga; y hallaron tal vez, en lugar de lo que anhelaban, los esqueletos quemados y ennegrecidos de los objetos de su amor y de su cariño.

En tiempo de Sanázaro (véas. Arcad. Pros. 12) era ya Pompeya buscada y conocida. En los siglos siguientes volvió á hundirse en el olvido, casi del todo.

Un dia del año de 1748, varios labradores hacian una cárcava: y al encontrar resistencia, ahondan mas en la tierra, y descubren, como por encanto, monumentos, estátuas, objetos de toda clase y de formas diferentes. — Carlos III manda que se hagan escavaciones: se prosigue en ellas, y la quinta parte de Pompeya aparece á la luz como en tiempo de los Etruscos y de los Césares.

Sus ruinas están al pie del Vesubio, en una colina llena de flores descoloridas y tristes, como las que adornan los sepulcros. Parecen como sembradas allí de propósito, para cercar los monumentos de una ciudad, cuyo destino deplorable es único y sin ejemplo en la historia de los desastres humanos.

Distá Pompeya 11 millas de Nápoles, y 5 de

la cima del Vesubio. Se entra ahora por el arrabal llamado *Augustus Felix*, y vulgarmente la *Calle de los Sepulcros*, por los muchos que hay en él, notables por su magnífica elegancia y por sus formas nuevas y desconocidas para la arquitectura y las demas artes.

Describir uno á uno estos asilos de la muerte, ocuparia un volúmen. En cada uno de ellos yace reunida toda una familia, como ante el hogar de su casa, mientras respiraban. Las inscripciones que allí se leen, todas son afectuosas, y están llenas de espresiones de un no finjido cariño. Tras de los sepulcros de *Velasio* y de *Salvio*, hay p. e. otros dos medio arruinados, y par de uno de ellos se encontró este fragmento bellísimo: *Servilia á su amigo del alma.....*

SERVILIA AMICO ANIM.....

Cerca del sepulcro de *Ceyo* y *Labeon* se hallaron cinco esqueletos, y de ellos, uno de muger de alta estatura: tenian monedas de plata y cobre, y un manojo de llaves maestras; indicio claro de que á lo menos uno de ellos, era un ladron que ejercia su, ahora noble y condecorado oficio, en la ciudad; y á quien el Vesubio castigó debidamente.

Los sepulcros de *Nevoleia* de *Calvencio*, el llamado *Subterráneo*, etc., etc., todos merecian describirse.

En este arrabal se halla la magnífica casa llamada de *Diomedes*. Patios, columnas, corredores, cuartos, jardines, baños, galería subterránea, azotea, todo en ella es admirable. Se hallaron en esta casa veinte esqueletos juntos, que se conoce habian querido guarecerse en la galería subterránea, dos de ellos eran de niños. Todos estaban cubiertos de agua y ceniza, que formando una especie de barro al rededor de sus cuerpos, habia tomado ecsactamente su forma y figura. En el Museo de Nápoles se ven pedazos de esta ceniza consolidada. Uno de ellos conserva la forma de un hermoso seno de muger; otro, el contorno de un brazo con sus adornos; otro, una parte de la espalda; y todos indican que aquellas mugeres eran mozas, altas y bien hechas; pero que huyeron vestidas y no desnudas, como equivocadamente

dice el incesante viajero frances *Dupaty*, puesto que no solamente han quedado en la ceniza estampadas y visibles las señales de sus camisas, sino las de sus vestidos. Se conserva tambien el cráneo de una de estas jóvenes, con algunas reliquias de su pelo rubio, sus muelas y el hueso de un brazo.

¿Pero como describir en un artículo todo lo que allí se ve: lo que se ha hallado en las casas, y calles, y plazas, y templos, y teatros de aquella admirable ciudad?

Decirse puede que el destino ha querido que Pompeya se conserve para dechado, y como una muestra de las costumbres, de la religion, y del gobierno de los antiguos. Tal pensamiento inspira á lo menos la vista de las casas, templos, y foro, que allí se admiran. En todas partes se descubre la mano del jenio que alzó las murallas elevadas de Pesto, las torres de Capua, las moradas deleitables de Síbaris. Y lo mas admirable es, que aun conserva esta ciudad en sus vestigios recientes, ese carácter que muestra el movimiento de la ecsistencia y de la vida del hombre. En Roma y otras ciudades no se ven mas que ruinas, que atestiguan el curso tardío de los años que sobre ellas pasaron, y lo que puede la mano dañina del hombre, mas destructora que los volcanes y el tiempo.

Pero Pompeya, aparece mas bien una ciudad abandonada ha pocos instantes, por haber acudido sus habitantes á una de aquellas fiestas religiosas que tanto interesaban á los pueblos del paganismo.

Aun se ve la señal que las ruedas de los carros dejaba en el empedrado de las calles: las tiendas llenas de mercaderías y de utensilios: las casas amuebladas, parece que aun aguardan á sus dueños. Todavía se percibe el olor del vino en la *amphora genialis*; aun se divisan las manchas que han dejado los licores en los mostradores de mármol de las hosterías y tabernas. — Se ve el vaso de los perfumes: las cadenas que sujetaban las manos del delincuente: los brazaletes que ceñían blandamente el brazo de la joven delicada.

Las casas eran la mansion del lujo y de la molice. Con sus puertas abiertas, con la bella voz *Salve* formada en el suelo del umbral, recuerdan la jenerosa hospitalidad de los antiguos. En todas

se ven adornadas las paredes y los suelos con mosaicos variados, con pinturas preciosas, de arabescos, paisajes, divinidades, cuadros interesantes. Se encuentran pintados á cada paso lascivos sátiros, bellas ninfas, embriagadas Bacantes, bailarinas voluptuosas, dibujadas con tan seductor y delicado contorno, que ni las Horas del *Guido* las superan, ni se muestran mas seductoras las Gracias que animaron los pinceles del *Albano* ó del *Dolce*. Su arquitectura es ingeniosa y sencilla: el interior se compone de patios y pórticos, en los que se echa de ver la costumbre favorita de los antiguos, de estudiar paseándose con sus amigos y libertos; y nos recuerdan los diálogos de Atico, de Ciceron y de Plinio.

Mas allá se descubre el sitio donde el ciudadano de Pompeya, reposando del trabajo del dia, se deleitaba en el baño, se perfumaba, se tendia sobre blandas cecedras, gozándose ademas con la mezclada fragancia, y la varia vista de las flores del contiguo verjel. — Y allí se ve el oculto gabinete de la doncella tímida, que recibia la luz por los pórticos del jardin, su tocador, su baja y reducida cama, cubierta con la púrpura de Tarento, y la lámpara elegante, silenciosa espectadora de su hermosura, bañándola con su melancólica luz desde el dorado candelabro.

Estas moradas apacibles, donde se ven tan profusamente prodigadas las comodidades y los goces de la vida doméstica, prueban cuanto nos aventajaban los antiguos en artes, en gusto, y en la perfeccion de los placeres sociales. El que haya observado bien á Pompeya y lo que en ella se encontró, no desmentirá nuestro aserto. ¿A quién no arrebatara la ilusion de aquellos tiempos? Quizá *Lala* y *Gliceria* pintaron esos pórticos voluptuosos. Las mozas de Bayas y Capua ejecutaban en estas salas sus ingeniosas danzas: allí resonaban entre aquellas calles de plátanos y flores, las canciones de *Noxis* y de *Erinna*: ahí sobre ese triclinio las rosas de Campania coronaban el negro vaso de la magna Grecia; y el Falerno bullia en las tazas celebradas por Horacio y Anacreonte.

La majestad de los vencedores del mundo se muestran, por el contrario, en los monumentos públicos; ya sean teatros elegantes y magníficos,

donde se representaban el *Avaro*, de Plauto: el *Prometéo*, de Esquilo, y la *Medea* de Ovidio: ya circos donde el gladiador moribundo y la fiera destrozada complacian.

Luego el *Foro*: la *Basilica* con sus columnas imponentes: los templos, en los que, despues de haber entrado, es difícil resistir á las ilusiones del paganismo: sus vestíbulos, sus aras cubiertas aun con la ceniza de los sacrificios, sus pinturas mitológicas, sus columnas.-- Añádase á esto el murmullo de alguna fuente, las estatuas que á cada paso se encuentran, los monumentos de épocas diversas y de naciones diferentes, sobre los que pasaron veinte siglos con la misma rapidez que una noche de junio: hasta la corriente del Sarno que pasa callado y se esconde bajo estas ruinas, como avergonzado de conservar todavia un nombre célebre en otro tiempo: y por último, un no sé que de melancólico y apacible que se siente en el aire, en el campo, en el aspecto pintoresco del mar y de los montes de aquel suelo; y se tendrá, considerado todo esto, una idea del interes y de la emocion que escita Pompeya.

Pero lo que en el viajero causa mayor impresion, como ya digimos, es la calle de los Sepulcros situada en las afueras de la ciudad. Yacen allí en una eterna tranquilidad y en medio de sus descendientes, aquellos pacíficos ciudadanos, sus fundadores, los contemporáneos de *Tulio*; y yacen allí, cercados de todas sus fábulas é ilusiones que no pueden abandonarles, ni aun en aquella mansion. Estrecha y baja es la entrada de aquellos sepulcros, por la que de una vez puede pasar solo una persona, llevando con lentitud la urna cineraria, bajada la cabeza en ademan de devoto recojimiento.-- Nadie puede dejar de sentir, al mirar aquellos lugares, una tristeza, que apoderándose poco á poco del alma, la llega á poseer del todo á los pocos instantes.-- ¿Conque el hombre en todas partes no encuentra mas que sepulcros?...

Las pinturas de Pompeya son al *temple*; y alguna, aunque muy rara, al *fresco*. El estilo es *griego casi siempre* en todo el rigor de la palabra. El *dibujo* es jeneralmente correcto y de una delicadeza inimitable: bien entendido el *claro-oscuro*; apacible la *composicion*; y ejecutados con

una manera franca y propia en todo de los antiguos, el *desnudo*, la *ecspresion*, el *trajeado*, y los *pliegues*. La *perspectiva* está apenas indicada.

Los *paisajes* tocados con maestría, pero inferiores á los modernos y nunca tan acabados.

Todas las pinturas estaban pintadas en la pared, y ejecutadas, en jeneral, por artistas de segundo orden; pero copias á veces de orijinales ponderados por su eescelencia. Nótanse en ella, por lo que hace al mérito, muchos grados de diferencia, y por lo mismo muchos estilos. Mas al verlas nace siempre en los amantes de esta *poesia de los ojos*, como dijo enfáticamente nuestro Lope de Vega, el vivo deseo de que estudiando mejor la pintura de los antiguos, los artistas modernos adquieran la imaginacion, la franqueza, el gusto, y las demas dotes que han hecho de aquellos, nuestros maestros en todas las artes.

Se han encontrado tambien en Pompeya infinitas estatuas, y algunas de un mérito y carácter eesclusivo: en esa ciudad se encontró v. g.: la magnífica *Diana* que se admira entre la coleccion etrusca y griega *antigua* del Museo de Nápoles: cuyo estilo, segun Winc-Kelmann, (*Hist. de las Art.*) es una imitacion inapreciable de la escuela antigua de Egina.

¡Y cuan inmensas y preciosas adquisiciones para las antigüedades y las artes, no quedan aun por hacerse; si, como es de esperar, se hallan cosas semejantes á la *Diana* en lo que resta por descubrir de aquella ciudad admirable!

No se han desenterrado aun mas que unas veinte y cinco calles, y como la quinta parte de la ciudad; pero es menester repetirlo, imposible seria el reducir á un breve artículo, la eesplicacion de lo que allí se ve.

El cuartel de los soldados, entre otras cosas, podria servir de modelo en el dia. No se amontonaban entonces soldados sobre soldados como los bueyes en un bostar, ó mas bien como los cerdos en una pocilga.—Figúrese un ancho recinto descubierta, teniendo en medio un vasto jardin, rodeado por sus cuatro lados de pórticos con columnas, y cerrados éstos, por una parte, de largas crujiás de cuartos pequeños, y se tendrá una idea del cuartel de Pompeya.-- Las columnas son dóricas,

istriadas de la mitad para arriba, pintadas de encarnado, que hace un bello efecto. Véanse por todo el cuartel, malísimos dibujos de gladiadores, guerreros, barcos, sin duda hechos por soldados de marina (*clariarii*) que allí estaban.

En la prision del cuartel se hallaron cuatro esqueletos, cuyas piernas estaban metidas en una larga corma de hierro. En el cuarto inmediato, se ve el *trapetum* para hacer el aceite. A la izquierda está el cuarto del *Centurion*, á cuya puerta se encontró el esqueleto de su caballo ricamente enjaezado. Víctima de una severa disciplina, no quiso abandonar su puesto, y murió con sus soldados. Junto á su esqueleto habia dos tazas y una salvilla de plata. Pasaban de 37 los esqueletos de los soldados. -- En una gran sala estaban representadas en pintura sus armas, de las que se halló gran cantidad en todas las habitaciones. Ahora se guardan éstas en el Museo de Nápoles, y forman en él un trofeo tal vez no menos glorioso que el que alzó la Grecia á los muertos en las Termópilas. Entre ellas se distinguen una trompeta de cobre, con 6 flautas de marfil y un casco, donde está grabada con gran arte la destruccion de Troya.

Sorpreza agradable causa el ver que desde el *foro civil* hasta el *cuartel*, en un espacio que se puede andar en media hora, se encuentran ocho templos, una basilica, tres plazas, el gran monumento de *Eumaquia*, las Termas, dos teatros y muchas tiendas magníficas. En este corto intervalo se cuentan en pie mas de 830 columnas de diferente materia y tamaño. -- ¿Y estas eran las pequeñas ciudades de los antiguos?

Las casas están todas edificadas por un mismo gusto. En todas hay una *vivienda pública*, (*atrium*) segun el uso primitivo de Italia: es decir, una parte de la casa, donde los de fuera entraban: y otra privada y doméstica con intercolumnios (*peristylum*) señal distintiva de la arquitectura griega. Hay, pues, en todas un carácter *misto*. Algunas tienen segundo piso (*canácula*), habitado á veces por las mugeres de la casa, pero mas comunmente por los esclavos. Todas, al fin, estaban cubiertas con una azotea (*pergula*) entoldada de parras y jazmines. -- Las casas estaban repartidas de

modo, que en todas se ven *baños*, *cuarto para huespedes*, *para esclavos*, *biblioteca*, *adoratorio*, *sala de baile*, *cocina*, *graneros*, *jardines*. -- Todo eso habia en la casa de cualquiera habitante de Pompeya. -- El extranjero que se pasea entre sus ruinas, siente y tiene á cada paso una nueva emocion. -- Las costumbres de los antiguos; sus artes, que imitaban siempre á la naturaleza; su religion formada por sus pasiones y hermoseaada por todo lo que de mas ingenioso ha podido imaginar la fantasía del hombre, aparece aun en aquellas ruinas, y da á los antiguos recuerdos que inspiran un encanto indefinible.

Singular y única ha sido la suerte de Pompeya. Nada ha podido contra ella el transcurso de diez y ocho siglos. Y el torrente de desgracias que durante todo ese tiempo ha inundado á la infeliz Italia, no ha podido en nada dañarla. Parece que la vara de un mago ha hecho que de nuevo se levante esta ciudad sobre la tierra; para que el genio de la antigüedad haga allí con su poder olvidar este combate continuo de nuestra naturaleza en la sociedad: en este estado tan natural y tan violento; tan apetecido y tan lleno de dolores: que crea tantos deseos que no puede satisfacer: que sufre todos los males y todos los remedios sin descansar un solo momento: en este maravilloso estado tejido indestructible de contradicciones en que el ingenio se pierde, sino lo considera como un estado de prueba y preparacion.

L. DE U. Y R.



**

*Una visita***A VICTOR HUGO.**

Era entre la luz y las tinieblas, entre el ser y no ser, hora de meditacion y desconsuelo para el que piensa y tiene dolor. El ir y venir de las gentes, el encender de los reververos, y la luz del dia y de la noche que en una sola se confundian, daba un aspecto de vida á aquella hora que se parece á la primera de la eternidad como una fragua al infierno. Y luego, entre cielo y tierra, colgaba un espeso tegido de humo y niebla que todo lo cubria; y al andar bajo su masa no parecia sino que iba uno á colocarse alli para imprimir su forma á aquella compacta materia.

Yo lloro cuando el cielo se sonrie; ¿qué haréis cuando el cielo llora?... Engolfado en mis tristísimos pensamientos que tan jóven me tienen que llevar á la tumba, recorría apresuradamente las calles interminables de ese vasto Paris, que es un mundo enclavado en otro mundo mayor. Ni sabia que hacer de mí, ni objeto alguno llamaba mi atencion, ni casi sabia yo que andaba, que pensaba, que existia. Cruzaba plazas, recorría calles y volvía esquinas, y en ninguna parte buscaba nada, y nada encontraba en parte alguna. Al fin me hallé sin saber porqué en una plaza muy concurrida y me paré como cansado. Habia enfrente á mí un carruage abierto y casi lleno de gente; sin inquirir á donde se dirigia, entré en él, tomé asiento y poco despues rodó, llevando en su seno quince personas, que, si todas se parecian á mí, mejor fuera llamarlas quince momias.

Despues que hubo pasado un rato, levanté mi sudorosa frente y al traves de los cristales, descubrí, no á larga distancia, iluminado por la luna, un vasto edificio con cúpula de cobre, que relucia como el casco de un gigante. Alli se vende hoy trigo, y en pasados tiempos se dictaban leyes

á un estendido imperio. ¡La mansion de Catalina de Médicis es hoy un mercado!...

¡Asi será de mí! exclamé yo entonces con desconsuelo.... Ahora estoy cubierto de batistas y sedas, ahora tengo oro y brillantes, como en ricos manteles, y tengo sin cesar la frente encendida. Mañana, ¿mañana qué será de mí?... Tendré la frente arrugada, estaré cubierto de andrajos, me moriré de hambre y frio, ¡y quien sabe si me contemplaré feliz cuando tenga para comer unas mal compuestas habas, sobre una humilde mesa de pino!... Esto pensé, y lanzando un suspiro volví á inclinar la cabeza.

Cesó el movimiento, y arrastrado por mis quince compañeros, descendí del carruage, y me hallé en una bella plaza; y enfrente á mí ví una suntuosa iglesia. Las infinitas columnas del pórtico soberbio, las dos torres de elevacion y forma desigual entre sí, las astas que la coronan, y aquella continuidad de líneas sin resalto forman un conjunto dichoso que contemplé con placer y entusiasmo, y si aquellas inmensas puertas no estuviesen cerradas, hubiera contemplado tambien el altar aislado entre el coro y la nave, y su balaustrada de bronce, y los apóstales del coro, y las dos conchas marinas que la república de Venecia regaló á Francisco I y sirven hoy de pilas de agua bendita; pero esto último no hizo mas que traslucirlo mi imaginacion por entre las columnas de dos órdenes del pórtico.

¿Qué hacer alli?... Despues de contemplar, mirar con hastío, dejar caer las alas al suelo.... Otra vez salia el carruage que alli me llevara; subí en él y me dejé arrastrar.

Entonces era distinto el rumbo; atravesamos un puente, luego una isla, otro puente despues, seguimos una larga calle, y se paró la máquina en una plaza de mal agüero, ¡donde en otros tiempos construyó el genio del despotismo una de esas inmundas jaulas que hasta es blasfemia nombrar! No quise detenerme en lugar de tan horrorosos recuerdos, y despues de breve andar, llegué á una plaza con arcadas y casas de regular y simétrica forma y alli respiré, paseándome con delicia por aquellos sitios tan frecuentados en pasados siglos de magistrados y poetas, y hoy tan de-

siertos. Y se veían todavía paredes pintadas de ordinarios colores, de amarillo y encarnado, y las puertas de las casas parecían todas de antiguas tabernas. Entre tantos albergues uno había á que yo me dirigí como por instinto. Estaba su puerta abierta, y entré, y subí muchas escaleras, y encontré otra puerta cuyo dintel traspasé, y recorrí grandes y sombrías habitaciones, todas solas, todas con cuadros y mesas y millares de adornos, y á la puerta de una me paré asustado como despertando de un letárgico sueño.

Enfrente ví una chimenea encendida que despedía bastante luz para alumbrar la sala y dejarme ver á cada lado de sus columnas un sillón de diversa forma. Era el uno cómodo y hermoso y estaba vacío, y enfrente había otro cuyos calados y elegante forma anunciaban su antiguo origen. En este último estaba sentado.... Víctor Hugo.

Parecía el poeta, adormecido y con su largo cabello sobre el rostro, á un noble guerrero vencido y no humillado. Veíanse pasar al través de su frente mil confusos pensamientos y una orgullosa indignación de tener que estar sugeto á penalidades de la vida, á la hambre, al sueño y al dolor. Cuando yo me ví solo con aquel hombre dormido, enfrente del, sentí dentro de mi alma una noble inspiración, y creí, sin saber porqué, que iba á ser testigo de un gran misterio. Allí bajaría algún ángel, sería tal vez aquella la hora de la gracia divina, ¡y quien sabe, pensaba yo, si alguna chispa desprendida de aquella frente no vendría á parar á mí! Porque ese genio de alguna parte recibirá su inspiración, porque eso que él dice no es él, no es cosa humana.... ¡Quizas lo sueña!... ¡Si soñará alto!...

Y me puse á escuchar con atención inmensa; como si cada uno de mis poros fuese un oído, me tuve inmóvil. Pero no oí mas que el chasquido del fuego y el caer de algún tizon.

Agitado fuertemente, arrebatado por un genio que sin duda alguna allí presidía, me alzaba yo de mi asiento y quería á toda fuerza, saber que discurría el poeta cuya frente se encendía de mas en mas. Al fin, como fuera de mí, dije en voz alta:

— Daria por saber lo que piensa....

— ¿Qué daría V., jóven oriental? preguntó Hugo despertando.

— Desde un día de mi vida, que es lo que menos amo, hasta mi nombre de español que es lo que tengo en mas estima, cualquier cosa, todo.

— ¡Qué entusiastas son los españoles!... Mas barato daré á V. ese gusto.... Pensaba, ó por mejor decir, quería adivinar el extraño pensamiento que tuvo el Criador al reunir en un siglo tantos siglos, al arrojar sobre un mismo terreno hombres de tan extrañas condiciones y gustos que parecen unos pertenecer al siglo XII ó XV y otros al XXX ó XXXX.

— Cosa es esa, dije yo, en que también he pensado infinidad de veces.

— ¿Y qué, qué, dijo con precipitación el poeta, qué es lo que ha adivinado V. por fin?

— Adivinar, no adiviné nada; pero he adoptado una creencia.

— ¿Y cual es? preguntó con extraña curiosidad.

— Yo creo, dije, que, queriendo Dios dar á los hombres de este siglo, que son los verdaderos dueños del mundo, una muestra de los moradores del cielo y del infierno, arrojó á la tierra á esos hombres de los siglos que han de ser, como muestra de los ángeles, y á los de pasados bárbaros tiempos como señal de los espíritus malos.

— ¡Qué entusiastas son los españoles! exclamó de nuevo Hugo y fijó su vista en el fuego y permaneció mudo. Despues de un rato «puede ser» dijo y se volvió á mí: «estoy decidido, voy á pasar dos años á España; á Madrid, no, porque Madrid es muy nuevo y prosaico. Iré á Burgos, á Córdoba á Toledo. Allí se vive mejor, en medio de ruinas y de hermosos recuerdos, desconocido de todo, menos de los monumentos, sin que nadie lo señale á uno con el dedo como en este novelero París, diciendo: «¡ahí va!»

Al pronunciar estas palabras, se divisaban ya en las inmediatas habitaciones oscilantes luces, y poco despues entró en aquella en que estábamos el poeta y yo, la linda esposa de Hugo acompañada de dos niñas y de varios jóvenes amigos de la casa. El poeta, que es padre y entusiasta, corrió precipitadamente á besar á sus hijas, y con una de ellas, como de ocho años, se fue al mas apartado

rincon de la sala donde permaneció sin hacer caso del resto de la sociedad. Yo tenia los ojos fijos en la desigual pareja, pero por buen parecer me quedé con los recién entrados, todos jóvenes literatos muy distinguidos; la conversacion sin embargo, por una causa que no me es lícito decir, era lánguida y fria, y despues de luchar largo rato con mi indómito carácter, me levanté y fui á colocar junto al poeta y su hija. Estaba aquel refiriendo al parecer una anécdota y la niña le escuchaba con atencion increíble. Ninguno de los dos echó de ver que un tercero los escuchaba. Cuando yo llegué estaba el cuento muy adelantado, y todo lo que pude yo oir es lo que voy á relatar:

«El hombre, sin cuidarse de quejidos, agarró por la cabellera á la moribunda, y echándosela á la espalda dirigió sus pasos hácia el huerto. Habia muchas escaleras y pesaba demasiado la muerta; y así, luego que se cansó, la arrojó al suelo, y cogiéndola por la madeja de su pelo, siguió su camino. Las ropas se desgarraban, las plantas se despedazaban, y ensangretada quedaba la tierra y desfigurado el cadáver. Entonces cruzó un relámpago, y dijo el hombre: «buen sitio es este.» Cogió su azada, hizo un foso y arrojó allí á su victima; y dijo luego: «en esa cama no tengo miedo que lo recibas»--y se cayó al pie de un árbol. Hacía frio y una negrura de infierno, y los buitres cargaron sobre él y clavaron sus picos en su carne. Retorcía el hombre sus brazos, rechinaban sus dientes y los buitres se divertían con él.—A la mañana siguiente, cuando las gentes de la casa fueron al huerto, hallaron un cadaver en un foso, y los huesos de un hombre debajo de una encina.»

La niña queria que su padre le contase mas historietas, pero el poeta se levantó y restregando mil veces sus ojos, exclamó en muy alta voz: «triste cosa, señores, es tener ojos y no poder hacer uso de ellos.» Entonces uno de los jóvenes que allí habia se le acercó y le dijo: «vamos.» Entrambos se dirigieron hácia otra habitacion y, arrastrado por secreto talisman, los seguí yo. Entraron en un cuarto de estudio y el joven se sentó en la silla que estaba ante la mesa, y Hugo en un sillón al lado opuesto desde donde ni veia plumas

ni quien las moviese. Puso la mano en la frente y como si los recitase, dictó unos hermosísimos versos llenos de bellas imágenes, de poesía, y ternura. Se enternecía á veces con extremo, otras se agitaba, y cuando hubo concluido la inspiracion, se levantó, tomó el papel, lo leyó con enternecimiento y por una puerta interior desapareció. El joven que acababa de servir de amanuense y yo salimos de allí con desconsuelo, volvimos á la sala de la chimenea..... ya estaba sola. La casa entera recorrimos y todo estaba desierto y mudo;..... poco tiempo despues me hallaba yo, lleno de dolor y amargura, como despertando de un letárgico sueño, en la Plaza Real á la puerta de la casa de Victor Hugo.

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.



En una noche de ausencia.

¡Noche que ansié!.... Con lóbrega belleza
Hieres por fin mi lánguida mirada:
Parda bandera en el cenit alzada
Tu mano tiende ya.
¡Del infelice bálsamo süave,
Madre de amor, de plácida dulzura.....
Que al sol celebre quien penar no sabe;
Mi voz te cantará!

Mi voz, que un tiempo en férvida armonía
Resonaba con cánticos de gloria....
¡Ay! solo resta la fatal memoria
Del bien que gozé en ti.

Tu diadema de fúlgido diamante,
Ese velo magnífico que ondéas,
Todo recuerda el venturoso instante;

Yo todo lo perdí.

¡Olvido! ¡olvido!-- Gózese en buen hora
Lejos de mí la pérfida que amaba:
Su nombre solo en mi laud sonaba;

Su nombre olvidaré.

Y del lauro la espléndida corona,
Que á su frente solícito ceñía,
Como Noviembre á la fugaz Pomona,
Así deshojaré.

¡Olvido!-- Que del céfiro sonante
Flébil eco en mi cítara suspire:

El triste pecho su fragancia aspire,
Empapada la flor;

Que de su aroma el májico beleño
Sobre mi sien su bálsamo derrame:
Cual pasa y muere vagaroso sueño,
Que muera así mi amor.

¡Pues qué! ¿tan solo en cándida garganta
El bien está, ó en mórbida cintura?
No; por do quiera la feraz natura

Vertiendo va el placer.

Aliento de la armónica ribera,
Murmullo de los árboles frondosos,
Mares inmensos, estrellada esfera.....

¡En vos está el placer!

Mirad, mirad. Elévase al oriente
El astro de benéfico sosiego:
Raudal copioso de ondulante fuego

Semeja su esplendor.

Miradle arder en la áspera colina,
Vedle inundar el ámbito del polo,
Ved, si su frente á la ribera inclina,
Llenarla su fulgor.

Cual suspiro de párvulo adormido,
Un vago són dilátase en la esfera,
Dulce, quejoso, como en tiempos era
La voz de la que amé.

¿Fué un eco de la bóveda azulada,
Que difunde dulcísimo embeleso?

¿Tierno suspiro de la mar plateada?

¿Voz de la selva fué?

¡Mortales! á tan célica ternura
¡Ay! ensanchad el ánimo oprimida:
Torrente inmenso de placer y vida
Os cerca en derredor.

Placer-- os clama el límpido arroyuelo:

Placer-- dicen los álamos del valle:

Placer y vida-- en el cenit del cielo

El astro triunfador.

--¡Mas ay! ¿Por qué una lágrima ardorosa
Se escapa de mi párpado abatido?

¿Por qué en el pecho funeral gemido

Aun pugna por brotar?

¿Por qué decid, destémplase mi lira,

Y enronquece con ásperos acentos?

¿Por qué en mi lábio la palabra espira?

Vencistes; ó pesar!

Venciste, sí: tu rígida punzada
Atraviesa mi espíritu doliente....

¡En otro tiempo!..... mi encendida frente

Ella casi adornó.

Y hora solo !..... Tristísima memoria,
Que en mis entrañas bárbara se ceba!

En *Ella* estaba mi placer, mi gloria:

Dejóme; y feneció.

No, no hay placer. ¡Fatídico silencio

Reina, ó noche, en tu fúnebre vacío....

Ilusion vana del orgullo mio....!

¡Ay! no, no puedo mas.

Brillabas cual efímera centella,

Cuando duerme en sus cóncavos Eölo;

Él se levanta, y apagose ella

Para siempre jamas.

JUAQUIN FRANCISCO PACHECO. = 1833.



Tutto si puó spiegar, tutto dir lice:
Ma bisogna veder come si dice.

En el número 45 del *Correo de las Damas* publicado el 7 de diciembre de este año; se leen, á la página 359, unas cuantas líneas, que no han podido agradar al que puso el último artículo de *sinónimos*, en la entrega 22 del *Artista*.

El *Correo de las Damas* dá á entender, en el lugar citado, que no adolece de *manías gramaticales*. Todo el que le lea, lo creará: mucha gramática ha menester estudiar aun ese respetable, y poco leído periódico, para que tan necesario estudio, llegué á producir en él una afición que dejenere en *mania*. — ¿Dónde están los *epígrafes ingleses*? ¿Tan atrasado está en la gramática *Le Courrier des Dames*, que no distingue todavía el singular del plural? — Dice el *Correo*: «¿en que estaria pensando el que puso aquellos tres *sinónimos*?» Yo se lo diré: pensaba en los que dan suelta rienda á sus pasiones, sin acordarse por entonces de la multitud de insolentes y majaderos, que se meten á criticar sin razon. ¿Dónde están, en los *sinónimos*, esas palabras que puedan ofender á la moral, ó á la *decencia* pública? Preséntelas el *Correo* á todas sus *damas*, y ruegue á la mas vergonzosa y modesta de ellas, que juzgue y sentencie el caso. ¿Qué quiere decir aquello, de *otras voces mas enérgicas*? Si algun sentido encierra esa frase *tan suya*, dígoles yo al *Correo* que solo ha podido agradar con ella á las *damas* de una taberna; y que las palabras que se empleasen en comentarla, solo podrian registrarse en el diccionario de los presidios. Respeto al público demasiado, y con preferencia á esa amable parte del público que el *Correo* llama *Damas*, sean *casadas*, sean *doncellas*; para que vuelva á tomar la pluma, y gastar el tiempo en segundas contestaciones. Sé tambien que el *Correo*, aprueba el modo de pensar de aquella señora amiga suya que tenia la niña en brazos: y tiene razon. La sospecha de que ese periódico, atacase, sin adivinar el porque, no los *sinónimos*, sino la persona del que los puso; me ha movido á escribir esto, para decirle al

mismo tiempo, que sin necesidad de *rocin*, *zamarra*, *calzon de ante*, y demas arrequives de su oficio, puede tomar el camino mas directo que, de su casa, conduzca á la imprenta de Sancha, y alli sabrá mi nombre y paradero, si algo tuviere que comunicarme.

Sepa tambien que yo *hallé otros sinónimos mas á mano*, pero quise poner aquellos, y no esos *otros*; porque la facultad de hacerlo asi, era igual á mi voluntad en este caso.

He puesto por *epígrafe* esos dos versos del mas libre y del mas fácil de los poetas italianos, porque se vé que gusta el *Correo* de *epígrafes*: y le advierto que es *de un poeta italiano*, porque no vaya á creer, que *está en ingles*.

Por último, sepa el *Correo* para otra vez criticar con razones, y presentar éstas con toda la fuerza de una demostracion matemática; y verá que el que puso los *sinónimos*, se convence si le razonan; aprende si le enseñan; y dá gracias si las razones y la enseñanza no vienen envueltas en disparates y necedades. — L. DE U. Y R.

Al Gatito de Cintia.

Gatito de ojos verdes
Y piel lisa y graciosa;
Gatito afortunado,
Por Cintia desdeñosa
Continuo acariciado:
¿Qué importa que envidiosa
La suerte te haya hecho
Animal sin provecho
Y débil y medroso,
Huraño y cauteloso
Terrible solo al triste ratoncillo,
O al fiero Don Quijote en el castillo?
¿Qué importa que tus robos de matanza,
Del alon de la pava ó la gallina
Te espongan sin cesar á la venganza

De la moza mas vil de la cocina,
Que pringosa y tiznada,
Te sigue encarnizada,
Y armada de la escoba
Te zurra, ya en la sala, ya en la alcoba,
Y aun al pie del tejado,
Asilo para tí siempre sagrado?

¿Qué importa, dí, que sea
El amor con tu especie tan severo,
Que por las noches del nevado enero
A abandonar te obligue la zalea,
O la templada brasa
De las dulces hornillas de la casa,
Para salir al derrotado alero
De alguna torre fria,
A donde estás hasta que raya el día
Llamando con maullo lastimero
A la poltrona gata,
Que á tu cariño ingrata
Se duerme sin curarse de tus quejas,
Y deja que te hieles en las tejas?

¿Qué importa ser juguete
Del niño que á tu costa siempre huelga,
Y en el agua te mete,
O del rabo te cuelga,
O te corta el bigote,
O te rapa el cogote,
Y, burlando con maña
De tus uñas la saña,
Echa á tu cuello corredizo nudo
Para oirte mayar grave y agudo?

¿Ni que importa el raudal de desventuras
Que tienen agoviada
Tu especie degradada,
Si de Cintia el cariño delicioso
Compensa con usuras
De tu suerte el influjo desastroso?

Tú gozas sus afectos inocentes,
Tú te ves por su mano acariciado,
Tu duermes en su seno nacarado,
Tú sus latidos virjinales sientes;
Y es tanta tu ventura,
Que de su boca pura
El beso apetecido
Para ti solamente es concedido!!

¡Oh gatito dichoso, dulce objeto
Del cariño de Cintia encantadora!
Si no te ha trasmitido tu Señora
Con su amor su desden jamas vencido;
Dila, cuando en su falda adormecido
Sus lábios te acaricien,
O su mano de nieve
Halague el lomo erguido
Que al contacto suavísimo se embebe,
¡Ay! dila que yo envidio esos favores
Y mas que tú tal vez los merecia;
Dila, dila tambien, que el alma mia
Absorta en sus amores
No alcanza bien mayor que sus caricias,
Y es Cintia á todas horas sus delicias.

Díselo así, gatito, y yo al destino
Pediré, que en premiarte nada escaso,
Te ofrezca á cada paso
Dispensa bien provista y mal cerrada,
Y á moza soñolienta confiada.

J. DE CASTRO Y OROZCO.

TEATROS.

Dos novedades han ofrecido los de esta corte en la semana última: la representacion de *Clotilde*, drama traducido del frances; y la de la comedia orijinal titulada, *Don Crisanto ó la Político-manía*. De ambas hablaremos separadamente, aunque con rapidez, pues no nos permite otra cosa la multitud de materiales que deben ocupar este número.

Clotilde, composicion que pertenece exclusivamente al género romántico, contiene escenas enérgicas y de bastante efecto, si bien se resiente toda ella de un colorido escesivamente melancólico. La mujer apasionada, la mujer celosa y la mujer desesperada por haber entregado á su amante en manos del verdugo, están pintadas, á nuestro escaso entender, con naturalidad y viveza; y la Sra. Díez supo agrandar repetidas veces al público, principalmente en el contraste de afectos que debia representar en el tercero y cuarto acto. No con

tanta exactitud se presenta la naturaleza en el carácter de Cristian. Fogoso y entusiasta por la virtud, en términos de preferir el suicidio á pasar por desleal y engañador, se envilece su alma de repente y olvida á la interesante Clotilde por una artera cortesana, sin otro mérito que ser sobrina del ministro. Variacion imprevista, inverosímil en demasía, y que por dicha no es muy frecuente en la especie humana. Los vicios y las virtudes tienen su escala, y no es probable que el virtuoso se convierta de repente en adúltero y asesino.

En cuanto á la traduccion nos abstenemos de hablar por no haberla visto sino representada. A veces nos pareció hallar en las ideas mas pompa que solidez, mas gala que verdad; pero quizá es este el defecto de nuestro siglo, y el traductor cumple con presentar los pensamientos del autor, tal cual fueron concebidos.

Entramos á hablar con mayor gusto de *Don Crisanto ó la Politico-manía*. Es obra orijinal española y por eso la apreciamos en mas, cuando parece que nuestros teatros están condenados hace muchos dias á no recibir otras inspiraciones que las de las musas del Sena.

D. Crisanto, comerciante de Cádiz, tiene una hija á la que trata de casar con D. Hilario Alderete, hombre de edad madura, y que es el elegido por la única razon de simpatizar con su futuro suegro en la manía de leer todos los periódicos y conversar continuamente de política. La niña, joven y viva, tiene secretamente entregado su corazón á un D. Leandro la Gasca, que protegido por otro amigo de D. Crisanto se finje enviado oculto del gobierno con una mision importante en el ramo de policía. No podia buscarse arbitrio mas apropiado para granjearse la amistad del politico-mano; pero el amante necesitaba llevar mas lejos su intriga: era preciso desconcepcionar á su rival, y lo logra suponiendo que en virtud de su comision secreta ha descubierto en D. Hilario un agente de la santa alianza. D. Crisanto, aunque loco, es patriota verdadero, é indignándose con el yerno de su eleccion, le insulta atrozmente y le encierra en un cuarto de la casa para entregarle en manos de la justicia. D. Hilario no era tal conspirador; mas á motivo de una quiebra falsa se hallaba en Cadiz con nombre supuesto, y creyendo que esta seria la única causa de su persecucion, empieza á descubrir parte del secreto. Las amenazas de ser fusilado por la espalda como traidor á su patria, le obligan á descubrirlo todo y á confesar que su nombre verdadero es D. Segismundo Pradera. Entonces D. Leandro conoce en él al defraudador de su familia, á quien buscaba con ardor en Cádiz. Pradera ofrece reembolsarle de sus intereses, y descubierto de este modo el enredo, condesciende

D. Crisanto en dar la mano de la amable andaluza á su predilecto galan que tenia sobre el supuesto D. Hilario, la ventaja de no ser un comerciante quebrado. Nuestro maniático por la política, viendose dos veces engañado, apesar de la suspicacia diplomática de que blasonaba, conoce que el gobernar debe de ser arte muy difícil y renuncia para siempre á sus delirios.

La versificacion de esta comedia es jeneralmente facil y hay redondillas de escesa soltura y belleza. La descripcion de la hermosa vega de Granada es verdaderamente digna de su objeto: el politico-mano, convirtiendo á su criado en superintendente de policía, á su hija en princesa desobediente y á su yerno en favorito perseguido, escita la risa del público que aplaudió tambien con justicia el desempeño de Guzman. La composicion es apreciable en su jénero; tiene toques muy delicados de color político, y si, como se dice, es la primera obra de un ingenio andaluz, pueden vaticinársele aplausos en la difícil carrera cómica. Sin embargo, si nuestra débil voz mereciese algun aprecio en la materia, le aconsejariamos que no condujese los desenlaces por caminos tan complicados. El encuentro de Pradera con la Gasca, y el descubrimiento de su verdadero nombre, no son en verdad sucesos imposibles, pero desdican un tanto de la verosimilitud y sencillez de la comedia de Terencio. En autores célebres, es cierto, se encuentran desenlaces por el mismo orden; pero su ejemplo en esta parte no debe citarse como modelo. Tambien pudiera decirse que el sério, el formal D. Facundo, toma demasiado interes en la intriga, cuando parecia verosímil que no hiciese mas que apoyarla indirectamente; pero á todas estas observaciones puede contestarse, que es la *primera obra de un poeta dramático*, y mirada bajo este aspecto, es un ensayo sin duda muy feliz.



La abundancia de materiales no nos permite insertar en este número la biografía que debe acompañar al retrato de D. José de Madrazo; pero saldrá sin falta en el siguiente.

ESTAMPA:

D. José de Madrazo.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA.--FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRESA DE I. SANCHA.